

# DANIEL COSÍO VILLEGAS, EDITOR

por **Javier Garcíadiego**



Daniel Cosío Villegas (Ciudad de México, 1898-1976) fue un hombre de muchas vocaciones, todas cumplidas a cabalidad.

Fue economista, historiador y politólogo, por lo que puede decirse que fue el primer —y el mejor— científico social de México. Además, fue un gran creador de instituciones educativas y un inmejorable empresario cultural, en particular en el campo editorial. Como tantos jóvenes de su generación, estudió derecho a falta de otras opciones profesionales. Después hizo estudios de economía en Estados Unidos y Europa. Impactado por la crisis económica de 1929, fue pieza clave en la creación de la carrera de economía en el país. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que en México se carecía de los libros especializados con los que los profesores debían enseñar y los alumnos estudiar. Hacia 1932 fue invitado por el gobierno español a impartir unas conferencias sobre economía agrícola y la reforma agraria en México, lo que aprovechó para plantear a las principales casas editoriales españolas la pertinencia de fundar una

editorial, o al menos una colección, de temas económicos. Para su sorpresa, su propuesta no suscitó mayor interés.

A pesar del desaire, Cosío Villegas estaba convencido de la urgencia de contar en español con la bibliografía básica de la economía, escrita sobre todo en inglés. Así, en 1934 fundó el Fondo de Cultura Económica, editorial que se concentraría en publicar la revista *El Trimestre Económico* y en traducir algunos libros de economía. Los tiempos en el país eran complejos, con el inicio del sexenio cardenista, por lo que los comienzos de la editorial fueron difíciles. Para colmo, a mediados de 1936 aceptó un mediano puesto diplomático en Portugal —“encargado de negocios”—. Paradójicamente, su breve estancia en Lisboa fue el parteaguas de su vida, pues al mismo tiempo que llegaba estalló la Guerra Civil en España.

Dado que pronto desarrolló una buena amistad con el embajador español en Portugal, el notable historiador Claudio Sánchez-Albornoz, el tema de la guerra de los intelectuales españoles fue el que predominaba en sus conversaciones. Cosío Villegas, siempre atento a los problemas internacionales, estaba plenamente enterado de la obligada

huida de numerosos intelectuales alemanes de origen judío, quienes estaban siendo acogidos por las mejores universidades inglesas y norteamericanas. Con tal ejemplo, Cosío percibió la conveniencia de que México diera cobijo temporal a algunos científicos, académicos y artistas españoles. Su propuesta fue aceptada por el gobierno de Lázaro Cárdenas, y para 1938 se fundó La Casa de España en México.

De hecho, se le pidió que fuera su organizador, nombrándosele su secretario. Por lo mismo, al regresar a México Cosío Villegas pudo retomar la dirección del Fondo de Cultura Económica, que pronto habría de transformarse radicalmente. Sucedió que con la derrota del gobierno republicano y el triunfo franquista se multiplicó el número de exiliados españoles, llegando a contar La Casa con un número inmanejable —y creciente— de refugiados. La Casa de España fue una institución peculiar. Pensada para durar unos dos años, pues se tenía un diagnóstico totalmente optimista del conflicto bélico en España, no necesitaría instalaciones ni tendría programas de estudio propios. En rigor, sería una oficina coordinadora con un solo objetivo: enviar a sus miembros a que impartieran cursos, cursillos y conferencias en las principales universidades y centros culturales del país. Cosío Villegas, hombre pragmático y con perspectiva empresarial, facilitó a La Casa un par de cuartos del Fondo de Cultura Económica, cuyo local estaba en la céntrica calle de Madero. Con su proverbial desenfado, Alfonso Reyes, presidente de La Casa, le dijo a su amigo y mentor Pedro Henríquez Ureña —radicado en Argentina— que eran “instituciones gemelas que despachamos en oficinas contiguas y pasamos el día trabajando juntos”.

Compartir ese espacio fue la circunstancia más provechosa para la historia del ámbito editorial de habla hispana, pues Cosío Villegas pronto se dio cuenta de que los refugiados españoles que laboraban en La Casa se dedicaban a casi todas las ciencias sociales y

las humanidades. Además, todos eran cuando menos bilingües: desde principios del siglo xx, y para contrarrestar la “crisis del 98”, en España se había impuesto un proyecto “regeneracionista” que buscaba “europeizar” al país. Muchos jóvenes fueron “pensionados” para hacer estudios de posgrado o de especialización en diferentes universidades europeas. Al regresar a España empezaron su vida académica y a traducir los libros con los que habían estudiado. Se dio entonces un gran impulso a la traducción de libros académicos en editoriales como Revista de Occidente, Espasa-Calpe, Labor y Aguilar. Para desgracia de España, y para beneficio de México, este proyecto se canceló con el triunfo del franquismo.

Muchos de aquellos “expensionados” fueron los que recalaron en México y se integraron a La Casa o a El Colegio de México. Cosío Villegas inmediatamente procedió a reestructurar el Fondo, para que dejara de ser una editorial exclusivamente de economía, aunque esta seguiría siendo la temática principal. Con sus nuevos colegas reorganizó el Fondo en colecciones disciplinarias: a la preexistente Economía se le agregaron las de Política y Derecho, Sociología, Historia y Filosofía. Cada una de ellas sería organizada por un español refugiado, y todos estos harían las traducciones de los libros seleccionados. Sería la posibilidad de continuar con las labores de traducción que habían iniciado en España, y de mejorar sus ingresos sin tener que desplazarse por una ciudad que apenas conocían; tampoco tendrían dos patrones: solo uno, el “visionario” Daniel Cosío Villegas.

Aunque la transformación del Fondo es fácilmente medible en términos cuantitativos y temáticos, sus consecuencias son invaluable. En síntesis, entre 1934 y 1938, antes de la llegada e integración de los españoles, se habían publicado veinte números de la revista *El Trimestre Económico* y diez libros de economía, con un promedio de dos por año. A partir de

1939 el cambio fue radical. Limitada la estadística hasta el año de 1945, en esos seis años aparecieron 62 libros de Economía, 47 de Política y Derecho, 35 de Sociología, veintiséis de Historia y once de Filosofía. No era un asunto meramente lingüístico, pero la editorial pudo empezar a llamarse Fondo de Cultura “Ecuménica”.

Aunque con ligeras variantes, todas las colecciones—o secciones—tendrían la misma estructura y los mismos componentes—o series—. Se publicarían los “clásicos”, para dar profundidad a cada disciplina mediante el estudio de sus raíces y fundamentos; también se publicarían las grandes aportaciones recientes de cada disciplina, así como algunos textos coyunturales, para comprender desde diferentes ángulos la problemática del día; por último, se publicarían algunos manuales y libros introductorios, que servían en la docencia universitaria, a la que se dedicaban también los traductores, y con lo que se conservaría el propósito original de la editorial.

Alfonso Reyes se quejaba poco antes—en 1936—de que México no disfrutaba aún del “banquete de la civilización”. Habíamos tenido durante la época colonial una educación dominada por una Iglesia católica contrarreformista; nuestra Ilustración fue escasa y tardía; el siglo xix se caracterizó por la violencia ideológica, y fue hasta el siglo xx, con Justo Sierra y Vasconcelos, que se dio prioridad a la educación y a la cultura. Sin embargo, el nacionalismo revolucionario nos aisló por unas décadas de las principales corrientes artísticas e intelectuales del mundo. Sin duda, el Fondo de Cultura Económica fue una de nuestras primeras ventanas al exterior.

Varias características distintivas tuvo el Fondo de Cosío Villegas. Para comenzar, era muy clara su preferencia por los pensadores modernos, pues prácticamente no publicó a clásicos grecorromanos ni a autores medievales; pocos renacentistas y algunos ilustrados, sin duda la mayoría pertenecía al siglo xix

y a la primera mitad del xx. De hecho, el Fondo de Cultura Económica puso a México, y a todo el mundo hispanoamericano, en contacto con los autores que definían la modernidad: Marx, Max Weber y Martin Heidegger, por cierto los tres alemanes, gran aportación para un continente que se había nutrido de pensadores franceses e ingleses. Ciertamente es que el Fondo apostó por un cuarto autor, Wilhelm Dilthey, al que atribuyó la misma importancia que a Marx, Weber o Heidegger. Probablemente el equivocado diagnóstico procedía del gran aprecio que Ortega y Gasset, maestro de varios de los exiliados, tenía por él. En cambio, no publicó a los otros pilares de la modernidad: Darwin, Nietzsche y Freud. La explicación es sencilla: el pragmático Cosío Villegas sabía que ya habían sido generosamente publicados en España o Argentina, lo que no era el caso de Marx, Weber y Heidegger.

Dos últimos grandes méritos destacan de Cosío Villegas. Coadyuvar a que se estudiaran seriamente la economía, la política y la sociología era ofrecer una mucho mejor opción que las propuestas de solución a los problemas sociales del país que hacían nuestros políticos y funcionarios revolucionarios, quienes podrían tener gran sensibilidad social pero adolecían de una terrible baja escolaridad. En este sentido, Cosío Villegas era un leal representante de la generación de 1915, la de “Los Siete Sabios”, convencidos de que la solución a los problemas nacionales debía ser técnica, con diagnósticos y propuestas profesionales. Gabriel Zaid, gran estudio de los esfuerzos y logros editoriales de Cosío Villegas, subraya su impacto “público”, que puede considerarse auténticamente democratizador. Gracias a su obra en el Fondo y en otros ámbitos, aumentó el número de lectores en el país y se enriqueció la conversación pública con autores como Marx, Werner Sombart, G. D. H. Cole y muchos más. Sin duda, así creció la calidad y el rigor de la crítica

de los mexicanos. También es digno de admiración que toda esta labor la haya hecho Cosío Villegas durante la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, años de comunicaciones muy deficientes, a lo que se debe agregar las paupérrimas condiciones bibliotecarias del país. En efecto, hubo casos de libros que se querían traducir pero de los que no había ejemplares en México, y hubo casos de autores que pidieron que las regalías y derechos se les pagaran “en especie”. Tal fue el caso de Alfred Weber, hermano de Max y autor de una *Historia de la cultura* que tuvo una gran acogida durante varios años.

Daniel Cosío Villegas dejó la dirección del Fondo en 1948. Su sucesor fue Arnaldo Orfila, otro editor cabalmente encomiable. Claro está que trajo cambios muy positivos. Con Cosío Villegas el Fondo había sido una editorial de traducciones, sin autores locales, una situación que cambió con Orfila. También se le cuestionó que no hubiera publicado literatura de creación. En efecto, Cosío Villegas, coherente y rígido, había concebido al Fondo como una editorial vinculada a la docencia universitaria en ciencias sociales y humanidades. Dado que varios de los españoles que colaboraban con él como traductores, tipógrafos o editores, eran escritores, permitió que hubiera una colección autofinanciada, la que se dice que se quedó con un nombre equivocado: Tezontle en lugar de Cenzontle. Es falsa la acusación de que a Cosío Villegas no le gustaba la literatura; incluso de joven había pretendido ser escritor. La explicación es sencilla: el Fondo era una editorial académica. Para ser precisos: la colección Tezontle la compartía con La Casa y El Colegio de México, pues algunos de sus miembros también eran escritores, como León Felipe, a quien se le canalizaban sus obras a la mencionada colección.

Cosío Villegas abandonó el Fondo para concentrarse en su desarrollo como historiador. En 1947 había publicado su influyente ensayo “La crisis de

México”, y uno de sus más lúcidos críticos –José Revueltas– le señaló que carecía de perspectiva histórica. Fue entonces cuando se hizo historiador. Empezó a preparar su voluminosa *Historia moderna de México*, de la que fue autor y coordinador. Al mismo tiempo fundó, en 1951, la revista *Historia Mexicana*, que hoy se sigue publicando puntualmente en los términos en los que la creó Cosío Villegas. Diez años después fundó la revista *Foro Internacional*, para politólogos e internacionistas, la que también se sigue publicando como él la diseñó. Con estas dos revistas académicas Cosío Villegas volvía a sus orígenes, cuando creó *El Trimestre Económico*. Continuaba pensando en robustecer la discusión pública y en que los problemas nacionales debían resolverse con una perspectiva técnica. Luego asumiría otra faceta como editor, al fungir como coordinador de un par de obras colectivas dedicadas a la historia del país, ya fueran pequeñas o grandes: la *Historia mínima de México*, que apareció en 1973, y la *Historia general de México* (1976), sin duda las obras más influyentes en la conformación de la conciencia histórica sobre el país.

Acumulados todos estos abrumadores trabajos como editor, esfuerzo que se prolongó por más de cuarenta años, tiene que concluirse que la labor editorial de Cosío Villegas es comparable a la de José Vasconcelos, encabezando el proyecto para publicar “los clásicos verdes”, o a la de Jaime Torres Bodet cuando poco antes de 1960 lanzó su invaluable proyecto de los libros de texto gratuito. Sí, con el Fondo de Cultura Económica/Ecuménica, Cosío Villegas se convirtió en uno de los principales editores de nuestro país. ~

*La versión completa y con notas al pie de este ensayo puede leerse en nuestro sitio web.*

**JAVIER GARCADIIEGO** es historiador y miembro de El Colegio Nacional. Es autor, entre otros libros, de *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México* (FCE, 2016) y de *Solo puede sermos ajeno lo que ignoramos. Ensayo biográfico sobre Alfonso Reyes* (ColNal, 2022).

# VESTIDA DE PLATA Y ORO

## (LA AVENTURA DE BEATRIZ DE MOURA)

por **Cristina Fernández Cubas**

Es un recuerdo terco, recurrente. Estamos en 1970, en Barcelona, en la sala de la casa de Beatriz de Moura (Río de Janeiro, 1939) y Óscar Tusquets. Alfombra café en el suelo, paredes blancas, chimenea rústica. Un departamento acogedor situado en el número 52 de la entonces avenida Hospital Militar. Somos diez o doce, no hay sillones para todos y algunos nos hemos sentado a la turca sobre unos cojines. Entre los invitados, Sergio Pitol, Ana Moix, Rosa Regàs, Colita, Carlos Trías y yo misma. Picoteamos quesos, croquetas y embutidos, y bebemos vinos o destilados. Beatriz, a la que en aquellos tiempos apenas conozco, se me revela como una anfitriona ejemplar. Es alegre, tiene una risa contagiosa y logra, sin el menor esfuerzo (y adelantándose en décadas a un popular programa de televisión), que *su casa* se convierta, por una noche, en *la nuestra*. Nos sentimos a gusto, claro. La velada se prolonga hasta altas horas, como luego sabré que sucede casi siempre, y yo no dejo de mirar de soslayo a una parte de la estancia, separada de donde nos encontramos por una puerta corredi-za ahora abierta. El lugar donde una